

infelices animales, y las ciencias tambien participaban de los sarcasmos de los soldados, que se imaginaban que el único objeto de la expedicion era para satisfacer su pasion á indagaciones que para los militares eran de poquísimo interes.

Creemos que podrá dudarse que, en semejantes circunstancias, aun los sabios mismos estuviesen muy satisfechos, cuando al cabo de siete dias de una marcha penosa, y habiendo llegado á seis leguas del Cairo, comenzaron á descubrir las famosas pirámides, pero supieron al mismo tiempo que Murad Bey estaba á la cabeza de los mamelucos con veintidos hermanos suyos, y que habia formado un campo atrincherado en un lugar llamado Embabeh, á fin de cubrir el Cairo y dar batalla á los franceses. Como estos continuaban avanzando, el 11 de julio descubrieron al enemigo que les estaba esperando. La mayor fuerza que los mamelucos desplegaron fué una soberbia línea de caballería mandada por Murad y los demas beyes: su derecha se apoyaba sobre un campo mal atrincherado, en el cual habian colocado veinte mil hombres de infantería y cuarenta piezas de artillería; pero esta infantería no era mas que un populacho indisciplinado, y los cañones faltos de cureñas estaban montados sobre unos maderos informes: pocos obstáculos ofrecian las fortificaciones del campo, apenas bosquejadas. Bonaparte tomó sus disposiciones: estendió su línea hácia la derecha, de modo que estuviese fuera de tiro de los caño-

ñes y no tener que sostener sino el choque de la caballería.

Murad Bey notó este movimiento, y previendo cuales serian sus consecuencias, se dispuso para atacar con su brillante caballería, diciendo que partiria los franceses en dos, como unas calabazas. Bonaparte hizo formar su infantería en cuadro para recibir el ataque de los mamelucos, y dijo á sus soldados: „Cuarenta siglos os están mirando desde la cima de estas pirámides.” Los mamelucos cerraron con los franceses con una celeridad incomprendible dando gritos furiosos; pusieron en desórden á uno de los primeros cuadros de infantería, que hubiera sido acuchillado en un instante si toda la masa de este ejército valiente no hubiese estado inmediatamente detras de su vanguardia. Los franceses tuvieron un momento para restablecer el órden, y se aprovecharon de él: la batalla pareció entonces, bajo algunos aspectos, á la que veinte años despues se dió en Waterloo; la caballería enemiga atacaba con furor los cuadros de infantería, procurando romperla, con esfuerzos increíbles de valor, al paso que las terribles descargas de fusilería y de metralla, cruzando sus fuegos, respondian á su audacia: jamas se habia visto encarnizamiento igual al que manifestaron los mamelucos. No pudiendo penetrar con sus caballos en los cuadros franceses, hubo algunos de ellos que volvieron los caballos tirándose á reculones contra las filas enemigas, con la esperanza de romperlas á coces: pero viéndose siempre rechazados por aquellas falanges inmóviles y cada vez

mas furiosos, les arrojaron sus pistolas, puñales y carabinas. Los que caian heridos todavía se arrastraban hácia los franceses para cortarles las piernas con sus alfanjes corvos; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Los mamelucos, despues de una gran mortandad fueron enteramente batidos, y como no podian runirse con órden, fué su retirada una verdadera derrota. Por de contado los mas de ellos quisieron volver á su acampamento, por aquella especie de instinto, decia Napoleon, que inclina á los fugitivos á retirarse en la misma direccion que habian seguido avanzando: de esta suerte se colocaron entre el Nilo y el ejército frances; el fuego sostenido y terrible de este les precisó á buscar un refugio en las aguas del rio, creyendo poder pasar á nado á la márgen opuesta: esfuerzo vano de desesperacion que á muy pocos salió bien. En el mismo momento su infantería abandonó el campo sin ninguna resistencia, y precipitándose á los barcos intentó atravesar el Nilo que á los mas de ellos les sirvió de sepultura. Los soldados franceses, aun mucho tiempo despues de esta batalla, iban á las orillas del Nilo buscando cadáveres para recoger las riquezas que traian encima. Murad Bey y una parte de sus mamelucos mas esforzados, escaparon de la matanza por un movimiento combinado, y se retiraron por Gizeh al alto Egipto.

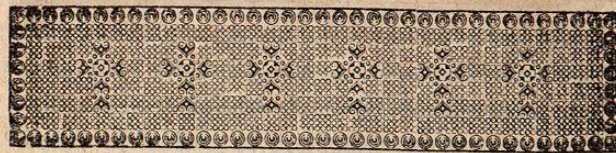
Así fué destruida, en gran parte, la caballería mas bella de todo el mundo, considerando cada ginete individualmente. „Si yo hubiese podido agregar la caballería de los mamelucos á la infantería francesa, dice

Bonaparte, me habria considerado como dueño del universo.” La destruccion de un cuerpo que hasta entónces se habia creido invencible, atemorizó no solo el Egipto, sino el Africa, el Asia y todos los paises donde reinaba la religion mahometana; y el fuego sostenido que habia decidido la victoria valió á Bonaparte el dictado oriental de sultan Kebir ó rey del fuego.

Despues de este combate que Bonaparte denominó batalla de las Pirámides para darle mas importancia á los ojos de los parisienses, el Cairo se entregó sin resistencia. Los restos dispersos de los mamelucos que habian atravesado el Nilo y se habian reunido bajo las órdenes de Ibrahim Bey, se vieron forzados á retirarse á Siria. Una partida de trescientos hombres de caballería osó atacarlos en Salahieh, pero fué rechazada por Ibrahim y su tropa, que mató varios de ellos, y prosiguió su retirada sin que nadie le inquietase. El Bajo Egipto quedó en poder de los vencedores, y hasta aquí la expedicion de Bonaparte habia salido perfectamente bien; pero no permitió el cielo que aun el mas afortunado de los hombres evitase reveses, y Napoleon iba á experimentar uno muy terrible.

Fué grande la impresion que hizo en Egipto esta batalla, y con este motivo un poeta árabe compuso unos versos de los que lo siguiente es un fragmento. „Todo se conmueve y se confunde, y el espantoso ruido derrama á lo léjos el terror: parece la llanura un horno encendido. El tierno niño que en los combates comunes ignorando el riesgo, solo piensa en sus jue-

gos sencillos, siente sus cabellos erizársele sobre la frente y emblanquecérsele de espanto. Los beyes tiemblan y se turban, y beben á grandes tragos la copa de la amargura, y sus almas consternadas se abandonan á la desesperacion al ver esta jornada tan funesta. ¡Jornada memorable! ¡Libranos, ó Dios, de un combate tan terrible! Se dispersa espantada en los desiertos, una innumerable multitud derrotada que los beyes armaron para su defensa. La muerte los persigue, la muerte vuela sobre sus cabezas, como si irritado el cielo con sus crímenes, hubiera lanzado sobre ellos las llamas vengadoras de su cólera."



CAPÍTULO VIII.

SIGUEN LAS ANTIGUEDADES EGIPCIAS

LABIRINTO.—LAGO MERIS.

LOS Egipcios, dice Herodoto, despues de la muerte del sacerdote de Vulcano se hallaban libres é independientes; mas como en ningun tiempo han podido vivir sin rey, establecieron doce, entre quienes se dividió el Egipto. Reunidos estos reyes por lazos de familia, convinieron entre sí que ninguno intentaria oprimir á sus vecinos, ni estender sus dominios á espensas de otro, y así confederados reinaron todos á un tiempo. Observáronse religiosamente estos tratados, porque al principio de estos reinados habia predicho un oráculo: